

# LA FRONTERA DE LA PAZ

*Monseñor Darío Monsalve Mejía  
Obispo Auxiliar de Medellín*

## **Reflexiones en torno al mensaje Papal para la Jornada Mundial de la Paz del Año 2000.**

Desde mi limitada experiencia de aprendiz en la escuela de la paz me parece que los seres humanos no dejaremos de practicar la agresión mientras no tengamos la certeza de caminar juntos en la construcción de la felicidad humana.

Sin duda que la raíz más profunda del "homo violens" está en la exclusión como fenómeno de desconocimiento, de dominación y de negación de aquellas oportunidades que hacen de cada ser humano **un imprescindible** para cualquier grupo humano o sistema social. Solamente las ideologizaciones de la paz nos permiten pensarla como el resultado de unas negociaciones entre los adversarios o como el logro de una sumatoria de reivindicaciones ante el dominador, casi siempre inalcanzables por la vía de la concesión o del sometimiento, dejando de lado la paz como proceso constructivo y dinámico, como interrelación de personas, actividades, roles y funciones, dentro de un marco incluyente.

El presente histórico, máxime el que vivimos los colombianos, hace evidente que la naturaleza de la guerra es de carácter civil e intranacional, aunque tienda a superar los límites nacionales y regionales. Este hecho deberá cambiar por completo la estrategia de la guerra, transformándola en un conflicto por el cambio de unas condiciones objetivas antes que en

una lucha a muerte para vencer al adversario. En otras palabras, dado el carácter propio de un conflicto armado interno, la paz resulta impensable si no es en términos de reconciliación, sobre la base de un proceso incluyente, de una construcción colectiva, dentro de unas fronteras éticas, socializadas, concertadas y asumidas por la base poblacional de la nación. ¿Cómo construir paz sin un nuevo pacto ético y una nueva legalidad hacia dentro de las microsociedades y de la macrosociedad, sin tender los puentes entre los excluidos y los sectores hegemónicos para un nuevo pacto social, sin implicar a los contendores de la lucha armada y de los partidos políticos en una reconciliación nacional, sobre la base del interés común, de la construcción de la civilidad democrática y de la justicia social?

Para salir del archipiélago de iniciativas violentas al que reducen la Nación fenómenos como los del narcotráfico, la inequidad social, la corrupción pública, la pérdida de la institucionalidad estatal y la polarización de la población entre los actores armados que dominan el territorio, es indispensable trazar la frontera ética de la paz como factor incluyente y dinamizador de los procesos de diálogo y de concertación.

Sólo una paz que construye valores puede conciliar intereses y generar oportunidades para todos. Creo que en este horizonte se inscriben los mensajes pontificios para la jornada mundial de la paz el primer día de cada año, desde 1968. El último de ellos, del Papa Juan Pablo II

en el inicio del año jubilar, el año 2000, lo he leído como una síntesis magistral sobre esa "frontera de la paz" en un mundo sin fronteras, desde el grandioso horizonte del Jubileo cristiano, centrado en el misterio de la Encarnación de Dios para toda la humanidad, en la persona humano-divina de Jesús de Nazareth.

### El amor incluyente

Desde la perspectiva cristiana, la paz es el bien universal por excelencia, y requiere del compromiso de cada hombre y nación en la construcción de una cultura de la paz como código internacional de convivencia y de solidaridad y como marco fundamental del progreso humano. La humanidad, dice la *Gaudium et Spes*, "unificada paulatinamente y ya más consciente en todo lugar de su unicidad, no puede llevar a cabo la tarea que tiene ante sí, es decir, construir un mundo más humano para todos los hombres en toda la extensión de la tierra, sin que todos se conviertan con espíritu renovado a la verdad de la paz"<sup>1</sup>.

Esta conversión universal a "la verdad de la paz" tiene como fundamento el amor universal de Dios:

**"Dios ama a todos los hombres y mujeres de la tierra y les concede la esperanza de un tiempo nuevo, un tiempo de paz. Su amor, revelado plenamente en el Hijo hecho carne, ES EL FUNDAMENTO DE LA PAZ UNIVERSAL; acogido profundamente en el corazón, reconcilia a cada uno con Dios y consigo mis-**

<sup>1</sup> GAUDIUM ET SPES, Concilio Vaticano II. Ediciones Paulinas. Bogotá. n. 77

**mo, renueva las relaciones entre los hombres y suscita la sed de fraternidad capaz de alejar la tentación de la violencia y de la guerra”<sup>2</sup>.**

El factor más incluyente para la paz universal es este amor de Dios, que no deja absolutamente a nadie por fuera, ya que se ha dado como “encarnación”, es decir, como unión extática de Dios con el hombre, de modo que todo ser humano que viene a este mundo queda, de algún modo, unido al Verbo Encarnado. En ese sentido se puede hablar de las “semillas del Verbo” presentes en cada persona y en toda cultura. Pero, por sobre todo, será el anuncio gozoso del Evangelio a todos los hombres, empezando por los pobres y excluidos, el que permita convertir esta potencialidad incluyente del Amor de Dios en una rica y fructífera realidad de fraternidad humana:

**“Paz en la tierra a los hombres que Dios ama. ¿Estará el siglo que inicia bajo el signo de la paz y de la fraternidad entre los hombres y los pueblos? No podemos prever el futuro; sin embargo, podemos establecer un principio exigente: habrá paz en la medida en que toda la humanidad sepa redescubrir su originaria vocación a ser una sola familia, en la que la dignidad y los derechos de las personas –de cualquier estado, raza o religión- sean reconocidos como anteriores y preeminentes respecto a cualquier diferencia o especificidad”<sup>3</sup>.**

Este horizonte del Amor universal de Dios se constituye en la frontera basilar de la

paz, no tanto como la utopía de la unidad del género humano, sino sobre todo como la construcción progresiva de “una cultura que integre la apertura al Trascendente, la promoción del hombre y el respeto de la naturaleza”.

En términos de la evangelización, se trata de ofrecerle a los hombres y mujeres de todos los pueblos de la tierra la posibilidad de “nacer de nuevo”, naciendo del Amor de Dios, por la aceptación personal de Jesucristo, el Hijo de Dios, como Salvador y Señor. Porque para identificarse como “una sola familia”, tanto las personas como los pueblos requieren acogerse a la condición espiritual de “hijos del Dios Amor”, adoptados en el Hijo, y de “hermanos” entre sí, reconciliados en la cruz de la víctima universal del desamor humano, Jesucristo.

El “Evangelio de la Paz” (Ef 6, 15), anunciado con celo por los creyentes, deberá encender en la vida y en la cultura de cada vez un mayor número de habitantes del planeta, este fuego del Amor de Dios que transforma los corazones humanos y que capacita al individuo para vivir en esta pulsión hacia la unidad, en este “éxtasis” de estar el uno en el otro, estando fuera de sí, que es el dinamismo del Amor de Dios. La “civilización del Amor” como proyecto de inculturación del Evangelio deberá convertirse en el proyecto universal de todos los creyentes en Cristo y de los hombres y mujeres de buena voluntad. “El amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor” (1 Jn 4, 7-8).

<sup>2</sup> Juan Pablo II, mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz. Enero 1 del año 2000. n. 1

<sup>3</sup> Ibid, n.5

La categoría de "familia" para comprender la vocación común de los pueblos de la tierra, es de origen cristiano y de pedagogía católica y ecuménica, uniendo en el marco trascendente de la "familia" trinitaria (el que ama, el amado y el amor), cuya epifanía es la comunidad eclesial, los niveles micro y macrofamiliar: el pequeño hogar vital o biológico, que es el santuario de la vida y la célula primera de la sociedad, con la gran familia universal como utopía cristiana de unidad en la diversidad, de igualdad fundamental dentro del respeto a la identidad de género, de etnia, de religión y cultura. La comunidad creyente o comunidad de comunicación y de amor se transforma en dinamismo incluyente y mediador entre estas instancias.

### La globalización de la solidaridad

Si la frontera ética que incluye a toda la humanidad en la paz es el Amor de Dios -"Paz en la tierra a los hombres que Dios ama"- la dinámica que gesta la paz como realidad entre las naciones y al interior de cada pueblo es la de la solidaridad. Esta constituye el fundamento del desarrollo de la humanidad como totalidad, y se define con base en la afirmación colectiva de la dignidad humana, de la vocación a ser una sola familia y del destino universal de los bienes de la tierra. Son estos tres valores universales los que posibilitan una cultura de la solidaridad y de la subsidiariedad.

En virtud de la primera, el hombre debe contribuir con sus semejantes al bien co-

mún de la sociedad a todos los niveles, superando constantemente todas las formas de individualismo social o político. En virtud de la segunda, la subsidiariedad, ni el Estado ni sociedad alguna deberán jamás sustituir la iniciativa y la responsabilidad de las personas y de los grupos sociales intermedios en los niveles en que estos pueden actuar, ni destruir el espacio necesario para su libertad. Ello significa, a su vez, la superación constante de todas las formas de colectivismo o de totalitarismo y la valoración del otro, especialmente del débil y del oprimido, como sujeto de la historia, con capacidad de autogestión y con derechos que exigen respeto. La promoción de los pobres dice el Papa en el mensaje que comentamos, "es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la humanidad entera. Miramos a los pobres no como un problema, sino como los que pueden llegar a ser sujetos y protagonistas de un futuro nuevo y más humano para todo el mundo"<sup>4</sup>.

Desde este horizonte de la doctrina social de la Iglesia y siguiendo la línea de su encíclica "Sollicitudo rei socialis", en la que insiste en la urgencia de sustituir las relaciones hegemónicas por las relaciones solidarias, como único camino para eliminar los imperialismos<sup>5</sup>, el Santo Padre deja por sentado el principio de la globalización de la solidaridad como base de la paz universal: "no hay verdadera paz si no viene acompañada de equidad, verdad, justicia y solidaridad. Está condenado al fracaso cualquier proyecto que mantenga separados dos derechos

<sup>4</sup> Ibid, n. 14

<sup>5</sup> "Sollicitudo rei socialis". n. 39 - 40

indivisibles e interdependientes: el de la paz y el de un desarrollo integral y solidario”<sup>6</sup>.

### La lógica del deseo

El contexto mundial de la globalización en el que se inscribe la lucha por la paz universal, es precisamente una realidad ambivalente, que es necesario transformar en términos de justicia y de equidad. En su sentido originario, la globalización es la integración de las economías de diferentes países, especialmente de Estados Unidos, Japón y la Unión Europea. Es un fenómeno propio del capitalismo, que integra, hace interdependiente y mundializa su mercado y sus recursos. Al integrarse las economías más fuertes, debilitan a las demás.

Los mercados globales se convierten entonces en “mecanismos de destrucción creativa” (John Gray). El capitalismo global logra su prodigiosa productividad actual mediante la destrucción de las viejas industrias, ocupaciones y modos de vida, pero a una escala mundial. Su aparente éxito es entonces “un falso amanecer” (J. Gray) que no soluciona sino que agrava la brecha existente entre países ricos y pobres: genera víctimas por doquier (desocupación, emigración, países endeudados y excluidos del mercado global, de los saberes y tecnologías, de los recursos). África, por ejemplo, está prácticamente por fuera de la globalización económica. Más de mil millones de seres humanos viven en extrema pobreza. El 17% de la pobla-

ción mundial posee el 83% de las riquezas del planeta. De ahí que sea urgente cambiarle el giro a la mundialización construida sólo por la lógica de la necesidad para darle paso a la mundialización construida por la lógica del deseo (Lacan). Cuando funciona la lógica de la necesidad se ignora al otro. Cuando funciona la lógica del deseo, el otro es llamado, interpelado. Lo que nos hace más humanos no es la necesidad de objetos, sino el deseo de los otros como sujetos. Unos pueblos necesitan de otros. Las alianzas que responden a la lógica del deseo crean amistad entre ellos y presencias no hegemónicas sino constructivas y creadoras<sup>7</sup>.

En este sentido, la paz universal nos convoca a todos a soñar con un mundo reticular, pluricéntrico, sin “un centro”, sin hegemonías impuestas, sino conectado en red por todas partes. En la red no se puede decir dónde se inicia una parte y dónde concluye. Cualquier parte de ella influye en el todo para el bien o para el mal.

Este planteamiento de la mundialización reticular, creo que es el que subyace a las propuestas del Santo Padre sobre “el derecho a la asistencia humanitaria”, la “injerencia humanitaria” y la “reorientación de la economía” que constituyen enfoques audaces de la globalización de la solidaridad.

### La soberanía inclusiva

Con el análisis anterior se hace posible comprender que las leyes de la paz universal y de la solidaridad global exigen un nuevo

<sup>6</sup> Juan Pablo II, mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz. Enero 1 del año 2000. n. 13

<sup>7</sup> REY GARCÍA, José Cristo. El sueño de una sociedad mundial. En: Revista Misión Abierta. (junio de 2000); p.5

concepto de "soberanía nacional", basado en la **centralidad de las víctimas humanas** como punto de partida para la reconciliación y la paz, en la **conciencia de valores morales universales** que constituyen "ley moral universal" o "gramática del espíritu humano" (No. 18) y en los **mecanismos jurídicos, económicos e incluso militares** que garanticen la protección de las poblaciones civiles indefensas y la promoción integral de los excluidos. Aquí estamos en el corazón del mensaje de Paz del Papa Juan Pablo II para el año jubilar.

El concepto implícito de "soberanía inclusiva" de cada una de las naciones, permite comprender el intercambio entre las particularidades nacionales y la universalidad del bien común mundial. En este tipo de soberanía, la renuncia a ciertos derechos va unida a la adquisición de poder político y operativo para atender las exigencias del "Derecho Internacional Humanitario" y del desarrollo en términos de justicia internacional. Mediante la colaboración entre las naciones surge un plus de soberanía basándose ésta sobre los derechos individuales y colectivos de todos, especialmente de quienes están indefensos ante la corrupción o la impotencia de sus propios estados soberanos.

Desde esta clave de la soberanía incluyente, la paz inspirada en el cristianismo se centra, en primer lugar, en las víctimas de la exclusión y de los conflictos armados internos o internacionales que ella genera. Antes que al agresor o malhechor, la humanidad tiene que mirar hacia su víctima, restituyéndole su dignidad y humanidad, que las acciones de los agresores han intentado eliminar. Es la lógica de la parábola del Buen Sa-

maritano (Lc 14, 25 ss), en la que el verdugo o victimario es confrontado, en primer término, con la reivindicación total del valor de la víctima, del ser humano "ninguneado", empobrecido, explotado, torturado o reducido al silencio. Sin esta centralidad de las víctimas y de sus derechos inalienables, las naciones no se abrirán a los nuevos horizontes del derecho internacional, fundado a su vez en una moral planetaria, que va más allá de las "fronteras físicas" y se incluyen en la frontera de la paz.

Creo que estas sencillas reflexiones en torno al mensaje de Juan Pablo II para la jornada de la paz del año 2000, nos podrán ayudar a leerlo como una síntesis global de los grandes contenidos de la paz cristiana para el mundo y a enriquecer con él nuestra propia visión y praxis por la reconciliación y la paz en Colombia. Porque, en definitiva, lo que se pretende con esta jornada mundial es potenciar a los constructores de la paz en el mundo con la luz y la fuerza incontenibles del Amor de Dios que rompe las barreras y murellas entre los hombres de la tierra para hermanarlos cada vez más en la tarea del bien común universal.

Particularmente para nosotros, creyentes cristianos, la tarea de anunciar y llevar la persona de Jesucristo como "don de paz" para todos los hombres, constituye un compromiso esencial, que ha de ser realizado "con espíritu abierto también hacia los hermanos de las otras iglesias y comunidades eclesiales, hacia los creyentes de otras religiones y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, con los que compartimos el mismo anhelo de paz y de fraternidad"<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Juan Pablo II, Op. Cit., n. 20